

## Prólogo

### ¿El campesino, es la ley?

En este libro, claro e insondable como la obra del grandísimo y enigmático autor que afronta, Álvaro de la Rica recoge una leyenda franciscana, la cual demuestra la deuda de San Francisco y de su movimiento con la mística oriental. Tres mariposas querían conocer qué era ese fuego que veían brillar. La primera se acercó para verlo mejor pero, sintiendo que se le quemaba los ojos dio la vuelta, diciendo que había renunciado porque no quería quedarse ciega. La segunda se acercó un poco más, pero sintiendo que se le quemaban las alas, volvió para atrás, renunciando a conocerlo porque no quería perder las alas. La tercera se acercó tanto que se vio envuelta en llamas, ardiendo con ellas, y durante unos segundos el fuego brillo con más intensidad. Sólo está conoció qué era el fuego; las otras comprendieron que, para conocerlo, hacía falta fundirse con él.

La escritura, para Kafka, es una de las dos primeras mariposas. No sabrá nunca qué es el fuego, y se ve obligada a volver atrás, hacia el escritor que la ha enviado y se ha aventurado en vano en la búsqueda de la verdad. La paloma regresa al arca, a las manos de Noé, sin ninguna rama; la verdad es una Tierra Prometida inalcanzable. Pero la tercera mariposa, la que se convierte en fuego, o sea, la que se vuelve vida y verdad, no puede contar su historia; son las otras, es la escritura, es Kafka el que puede desvelarnos la luz reflejada en el rostro cegado que se retira y que es la única verdad perceptible. Y quien está condenado a no ser fuego, a no ser verdad y vida, puede hacer comprender a los demás lo que éstas son. Como le escribe a Milena, humanamente tanto o más grande que él, Kafka debe colocarse lejos del territorio del amor para poder decir qué es el amor.

Enfrentándose a fondo, pero sintéticamente, con la pluma del gran ensayista más que con la del académico, con la más alta crítica kafkiana –de Scholem a Benjamin, de Steiner a Baioni- Álvaro de la Rica se adentra en este torbellino (contradictorio, indisoluble, esencial) de la interpretación kafkiana, en sus círculos concéntricos que constituyen la obra de Kafka: el matrimonio, la ley, la víctima, el

poder, la metamorfosis, la revelación. Él es muy consciente de que la investigación lingüística y literaria no puede asegurar un absoluto que permita descifrar las leyes de ese dinamismo circular, y que la primera necesidad, para el crítico, es la de no dejarse engullir por la energía de esos círculos, de esos remolinos. Lo consigue soberbiamente, componiendo un libro que consigue ser -en la interpretación de toda la obra, y especialmente en el cerrado duelo entre *En la colonia penal* y *Frente a la ley*- como un pequeño Talmud, comentario y narración, y consigue penetrar profundamente en ese texto sacro y camuflado que es la obra de Kafka.

Escribir significa nombrar la vida pero sin infundir vida, faltar al propio objeto haciendo brillar la esencia en este naufragio; la literatura es escatología, discurso sobre las cosas últimas, que le revela a la literatura sólo un rostro de desastre, aunque quizá no sea éste el único. Un Apocalipsis, aunque irónico, adecuado a la condición degradada del individuo moderno en su relación con el poder -un poder cada vez más totalitario, defectuoso, y sin embargo aplastante, regido por una necesidad tras cuya autoridad de esfinge se oculta una sucia corrupción, no por ello menos tiránica y poderosa. La escritura está llamada a testimoniar contra dicha Medusa, pero esta última es la verdad -negativa y horrible- de la época, que mancha todas las cosas y no permite ninguna inocencia; por tanto, la escritura debe dar testimonio contra sí misma, denunciar -ésta es una de las más felices intuiciones del libro -su propia implicación en esa corrupción, mostrar su propio rostro desfigurado.

Condenado, como escribe él mismo, a asumir sobre sí todo lo negativo de su propia época, Kafka debe asumir sobre sí -con la radicalidad de la grandísima poesía- los lados más duros y repelentes de esa negatividad, la aridez inextricablemente entrelazada a la pasión. Padece así el juicio más amargo, en el tribunal del amor. Álvaro de la Rica cita una carta a Félíce Bauer en la que se dice que la náusea proviene del mismo corazón el que habita el amor. Como su Flaubert -del que Álvaro de la Rica pone de relieve, al igual que Baioni, su influencia determinante- también Kafka sabe que el corazón tiene sus letrinas.

El excelente libro de Álvaro de la Rica está lleno de intuiciones agudas y demostradas, de

nuevos horizontes y de perspectivas. Por lo menos, habría que recordar una fulminante interpretación. Enfrentándose al que quizás es el texto más célebre de Kafka -en cualquier caso, el que pone y plantea más dificultades a sus exégetas- esto es, la parábola *Ante la ley*, Álvaro de la Rica alcanza, con un procedimiento apremiante, una interpretación que le da la vuelta o, por lo menos, corrige de forma esencial las habituales interpretaciones, que se basan casi siempre en la culpa -aunque sea entendiéndola de los más diversos modos- del campesino que no ha entrado en la Ley, pero cuya puerta estaba abierta para él. Si la Ley es inaccesible y si su verdad es su inaccesibilidad, el campesino -observa Álvaro de la Rica, con una propuesta que puede ser discutida pero que es extremadamente sugestiva- no entra precisamente para dar testimonio y demostrar con su vida, y con el sacrificio de ésta, la verdad de la ley, su inaccesibilidad.

De ese modo él pasa de culpable, si bien ignorante e involuntario, a testigo y auténtico guardián -a costa de sí mismo- de la ley y de la verdad. Por tanto, el suyo podría ser, no tanto un fracaso, cuanto un paradójico cumplimiento de la Ley, así como la transmisión que altera la Ley transmitida a través de generaciones; podría ser, no un malentendido, sino un montaje de la verdad, que en el mundo humano no puede ser aferrada en su inmutable esencia, pero sí transgrede en las innumerables variaciones del comentario, en las innumerables transformaciones de la historia, en esa mutabilidad que es, cristianamente, la condición histórica y terrena del hombre y de su verdad.

Si la mentira, como se dice en *El Proceso*, es el orden del mundo, para el cristiano Álvaro de la Rica esto no significa necesariamente el triunfo de un nihilismo absoluto, sino que bien puede significar que algunas verdades de los hombres pueden ser mentiras *sub specie aeternitatis*, pero conservan su provisional verdad humana; al igual que se dice “que la justicia de los hombres es imperfecta y muy distante del juicio de Dios”, sin que ello quiera negar, en su modesta temporalidad, la validez relativa de esa justicia. Este libro de Álvaro de la Rica presenta la única posible, creíble hipótesis, de esperanza en la obra de Kafka.

Claudio Magris

Traducción de Pedro Luis Ladrón de Guevara

¡Oh cuán duro eres

Maestro y Señor! ¡Con cuantos dientes tu amor

nos muerde! Lo que tu temible

pulgar luminoso ha señalado

-espacio ducal entre dos cejas, hemisferios

cristalinos de sienes, miradas sin patria aquí abajo,

silencios más remotos que el uranio viento-

aún aún, descubrimiento y redescubrimiento

tu Señal en cualquier rincón de la tierra, en cualquier rincón

del alma, tú arrojas, tú profieres:

para testimoniar, para herir,

para insolublemente unir

para incurablemente separar”

¡O déspota herido

que con el bisturí de oro

a cada Sol corta en el redondo sol

el Cordero irredimible

corta la luna soberana, corta las Estrellas fijas

y las opuestas galaxias (¡alimento de salud, alimento de paz!)

de los vivos sobre las dos vertientes de la muerte!

Tremendo es que en nuestras miradas hundas

la impasible mirada

de Quien ha padecido plenamente

de Quien con la misma mano imparte y es impartido  
y partiendo es partido,  
inmolando es inmolado, comido y nunca consumido  
(con deseo he deseado...)  
Tremendo que a cada cual  
le sea asignado de nuevo irrevocablemente  
por los eones de los eones  
como en el Eden su nombre y su alimento.